

INTRODUCCIÓN

Viena. Siete de la tarde del martes 15 de marzo de 1938

Había terminado la función, pero los aplausos habituales no sonaron como siempre. Algo flotaba en el ambiente del cabaret Simpl de Viena que auguraba que los iba a convertir en los ecos de una vida artística a punto de sucumbir.

Ya en el camerino, las sospechas que desde la mañana se colaban por las rendijas de las vidas de muchos judíos de la ciudad se hicieron realidad. Encima de su mesa, dos telegramas de la policía lo iban a sentenciar.

—¿Una orden de prohibirnos actuar? —Fritz, aunque lo esperaba, no dejó de sorprenderse.

—Sí —Karl Farkas, su compañero de reparto, apuró un cigarrillo, mirando con desesperación aquí y allá en aquel minúsculo cuarto—. Y lo que debemos hacer es huir de Viena. Yo sí lo voy a hacer, llevo días planeándolo.

—¿Huir? Pero ¿y dejarlo todo?

En ese momento Fritz pensaba más en su colección de arte que en su propia seguridad, hacía ya días que, ayudado por Gustav, uno de los operarios de atrezo del local, estaba trasladando parte de su colección desde su lujoso apartamento a un sótano del cabaret; albergaba la esperanza de que fuese una tarea inútil y de que finalmente nada pasara, pero era judío, y sabía bien lo que eso podía significar si las noticias de los últimos días se cumplían.

Si Austria capitulaba ante el régimen nazi, su vida, la de su esposa, así como su colección podían estar en peligro. Y esa mañana Austria lo había hecho. Había capitulado, y los vieneses se habían lanzado a la calle para vitorear a Hitler entrando en la ciudad. Karl tenía razón, debía huir, y rápido, pero antes tenía que poner a salvo las obras de arte que aún no había conseguido trasladar al sótano del cabaret, y eran muchas. Despedidos con lágrimas por algunos de sus compañeros del cabaret, y con odio por otros, Karl y Fritz abandonaron el cabaret Simpl. A la salida se dijeron adiós. Atrás quedaban más de quince años de amistad y compañerismo subidos a un escenario. Un último abrazo selló esta despedida. Nunca más volvieron a verse.

Fritz se encaminó receloso y de prisa hasta su casa, situada en el 10 de Kärndmer Straße, allí su esposa le esperaba llorando, sabía lo de la orden de prohibición. La esposa de Karl la acababa de llamar y le había dicho que ellos huían aquella misma noche.

—He preparado lo justo —le dijo ella mientras señalaba con la mirada dos maletas dispuestas encima de la cama.

Pero Fritz la miró con dolorosa serenidad, mientras la cogía de los hombros intentando calmarla.

—Antes debo terminar de poner a salvo la colección.

Ella estaba al borde del llanto.

—Pero Fritz..., debemos irnos, es... muy peligroso, podemos irnos a Suiza, allí vive mi hermana y...

Fritz seguía con mirada distraída, pensando cómo hacerlo, mientras ella hablaba apresuradamente.

—Vale, vale, eso será cuando haya puesto a salvo la colección —contestó Fritz mientras se levantaba el cuello del abrigo con clara disposición a salir de nuevo.

—¿Dónde vas? —preguntó su esposa, quien ya había sucumbido a las lágrimas.

—Gustav me espera abajo con la camioneta, envolveré los cuadros con estos disfraces, si alguien nos vigila, pensará que estoy devolviéndolos al cabaret.

Fritz solo pudo hacer dos viajes, había demasiada policía nazi en las calles, así que pensó que proseguiría en los días siguientes y después huiría con su esposa a Checoslovaquia.

Pero no pudo ser así, al día siguiente los nazis irrumpieron en su casa, se llevaron todas sus pertenencias, cuadros, muebles, enseres y ropa, y le entregaron una orden de presentarse a la mañana siguiente en las oficinas del Ayuntamiento de Viena. Ya no había elección, debían huir, y con una maleta que, durante el asalto, su esposa había logrado esconder en un falso techo de la cocina junto a dos grabados; pensó que su valor podría resultarles de utilidad como trueque.

—¿Qué pretendes hacer? —le preguntó su esposa mientras observaba cómo Fritz cogía un papel y desenroscaba su pluma.

Fritz la miró, arqueando los labios con una forzada sonrisa.

—Es..., es una carta, hace días escribí un listado de las obras de nuestra colección al dorso —le dio la vuelta al papel mostrándoselo—, voy a escribir una carta y la esconderé en uno de los grabados, si..., si nos pasa algo, es posible que alguien la encuentre. —Se detuvo un momento como meditando las palabras que iba a escribir y añadió—: Algún día.

—Si... ¡La Gestapo la encontrará! —le gritó disgustada.

—¡Oh, no! Nunca hay que perder la esperanza. —Fritz seguía escribiendo sin perder la sonrisa—. El arte une, querida, es lo único que es universal, y no entiende de política ni de religiones; el que ama el arte está por encima de todo eso.

De modo que cogió la maleta a modo de improvisado escritorio, se la apoyó en las rodillas y comenzó a escribir.

Viena, 16 de marzo de 1938

Si alguna vez alguien con sentimiento artístico y no político, pero sobre todo con humanidad, obtiene este grabado y lee esta carta, que sepa que pertenece a un enamorado del arte al que se le arrebató...

Fritz Grünbaum

PRIMERA PARTE



Willbron House. Castle Combe, Wiltshire. Inglaterra

A LAS CINCO TOMAMOS EL TÉ

Castle Combe, Wiltshire, Inglaterra. Martes, 25 de abril de 1939

Era una tarde fría de primavera, aunque en los funerales siempre suelo sentir frío. El padre Jules Austen, con una expresión casi inmortal, recitaba los salmos con la pretensión de consolar a los allí presentes, consciente de que, en muchos casos, no lo conseguía y que sus palabras tan solo formaban parte de un ritual que había que seguir tras la muerte de un ser querido.

«Acoge, Señor, el cuerpo de nuestro hermano Thomas, y consuela a sus familiares y amigos aquí presentes, en esta hora de dolor, dales la paz que necesitan para poder soportar esta dura pérdida».

Llegar tarde me había permitido permanecer en un lugar apartado y poder observar sin cautela no solo la ceremonia, sino también a cada uno de los presentes, algunos conocidos, otros, no.

La vista me alcanzaba lo suficiente como para poder contemplar a quienes estaban presidiendo el entierro de mi padre. Mi cuñada Laura lloraba sin consuelo, con hipo de falso dolor. Jamás había soportado a mi padre. Cuando mi hermano murió y yo me fui a América, se convirtió en la señora y anfitriona de Willbron House; mi padre, sin otros herederos, se rindió a sus pies. A su lado, de pie, apoyada en un bastón y aguantando erguida con semblante serio estaba la estoica e inconfundible figura de la tía Agatha. A pesar del velo por delante del sombrero que llevaba, no se ocultaba el desconcierto y desagrado que le producía la dolorosa representación de Laura. A pesar de su edad, aguantaba de pie, mientras temblaba intentando aguantar el tipo, el protocolo, sus años y sus pies. Una mueca de sonrisa se dibujó en mi rostro. La tía Agatha seguía igual, siempre la tuve por una mujer fuerte y cariñosamente dura. Detrás estaba el viejo Roston, nuestro mayordomo, fiel hasta el final, y la señora Norton, la cocinera, para mí simplemente Gladys, menuda y regordeta; nunca había conseguido comer unos suflés como los suyos. No vi a Prudence, nuestra ama de llaves, era muy mayor, quizás no había podido venir.

Respiré profundamente e intenté mirar a mi alrededor. La última vez que había estado en aquel horroroso lugar había sido en el entierro de mi madre y me juré a mí misma no volver. Aspiré el aire pesado del recuerdo a olor de tierra

húmeda y flores que se coló por todo mi cuerpo, como un escalofrío mudo y triste, un lugar gris y silencioso, y allí estaba de nuevo. Ni yo misma me lo podía creer.

Cuando la ceremonia terminó, decidí darme la vuelta, de espaldas a la gente, permanecí quieta en el mismo lugar, al lado de uno de los árboles. Me puse las gafas de sol y el sombrero con un discreto velo de redecilla, que me hacían irreconocible para todos, menos para una.

—¡Has venido! —La voz ronca de mi tía Agatha acompañada de olor a cigarrillo era inconfundible.

Me giré y no pude más que sonreírle con el cariño que siempre le tuve y seguía teniéndole.

Ella siguió su comentario.

—Me preguntaba dónde te habrías puesto, pero no me cabía la menor duda de que ibas a venir.

—Te he visto —le contesté. Su mirada penetrante me observaba con picardía y de repente se relajaron mi mente y mi corazón.

—¿No vas a besar al último bastión de los Willbron? —dijo—. Tal vez no dure mucho, ¿sabes?, y perderías la ocasión.

Le di dos besos y me cogió del brazo.

—Vamos, ayúdame a llegar al coche.

Caminamos hacia el coche, rehuendo las dos los consabidos pésames.

—Dame un cigarrillo, llevo dos días con ceremonias y pésames y necesito uno.

—Ya no fumo —le contesté con victoriosa sonrisa—, y tú tampoco deberías hacerlo.

Con un gesto brusco del brazo del que la tenía cogida me paró, y se quedó mirándome con aire de reproche.

—Has venido ¿a verme o a lanzarme un sermón? Porque si es así —dijo, y levantó su bastón—, pierdes el tiempo.

Yo me limité a sonreírle, sabía que, por muchos sermones que le lanzase, daba igual.

—Y dime, ¿dónde te hospedas? —siguió preguntando mientras avanzábamos.

—La verdad es que esperaba hacerlo en Willbron House, solo serán dos días. Mira —dije mientras señalaba—, ahí está el taxi que me ha traído, dentro tengo la maleta.

—¡Oh, tonterías! —dijo mientras me acercaba con el brazo—. Te quedarás en mi casa. Coge la maleta y despide al taxista. No pienso dejarte con esa gallina de corral, no durarías ni un minuto y pienso conseguir que te quedes un tiempo.

—¿Gallina de corral? ¿Así llamas a Laura? —Sonreí torciendo el labio.

—Me pregunto cuánto durará sin volver a casarse, si ya no era discreta con sus amantes en vida de tu padre, imagina después de muerto.

—¿Amantes? ¿Laura?, vaya, sí que he estado fuera tiempo, parece que todo haya dado la vuelta.

—Sí, querida, sí —seguía hablando mientras nos metíamos en el coche y fijaba su mirada en mí—. La virtuosa Laura no lo es tanto.

—Llévenos a casa —le dijo a su chófer.

—Sí, señora —le contestó y puso el coche en marcha.

Green Cottage era la casa de la tía Agatha. A medida que nos acercábamos en el coche pude comprobar que estaba igual que siempre, pequeña pero acogedora. Allí pasé algún tiempo después de la muerte de mi madre, hasta que estalló la Gran Guerra. Situada a la entrada del pueblo, estaba rodeada de un cuidadísimo jardín y tenía al lado un pequeño estanque. Mi habitación seguía igual, me acerqué a la ventana y pude observar los patos y los gansos que seguían deambulando pacíficamente por el jardín. Absorta, me quedé de pie al lado de la ventana mientras los contemplaba. Era curioso, pero volver a ocupar aquella estancia me devolvió a tiempos de mi vida perdidos en un olvido, muy lejano, pero que sentía acercarse.

—Sigue igual, ¿verdad? —La voz de mi tía a mis espaldas me hizo dar un respingo.

—¡Oh, por Dios, tía!, me has dado un susto de muerte, ya no me acordaba de tu facilidad para aparecer sin ser advertida.

Tía Agatha observaba con cierta resignación el escaso equipaje; y con desaprobación el contenido de este.

—Querida, ponte algo... —dijo, pensando lo que iba a decir—, algo más inglés. —Se apoyó fuertemente en el bastón y se dispuso a bajar, pero paró y volvió a girarse—. Y recuerda, a las cinco tomamos el té, aquí no estamos en América.

EL RITUAL DEL TÉ

Efectivamente, casi había olvidado que tomar el té a las cinco, más que un acto cotidiano, era un ritual, y sobre todo era un momento de mágica reunión familiar y social. En Nueva York solía tomar té en alguna ocasión, normalmente en el desayuno y durante el resto del día tomaba café. Me tendría que acostumbrar más al té, por lo menos mientras estuviese en Inglaterra.

Así que dejé a un lado el traje pantalón negro con el que me había plantado en el entierro de mi padre y me enfundé un vestido color crema bastante holgado, con el que imaginaba que tampoco estaría muy de acuerdo mi tía.

—¡Oh, esos horribles vestidos que parecen un camisón! —Así me recibió mi tía al entrar en su salita.

—¡Gracias, tía, estoy bien! —le dije con cierto reproche en respuesta a su comentario.

Apartó su disgusto, se movió en su asiento para acomodarse y adoptó pose y mirada de interrogatorio; tanto lo temía que en lugar de sentarme a su lado en la banqueta, lo hice en un sillón..., más alejada.

—Y dime —dijo, poniendo las manos en su regazo una encima de la otra, como si estuviese en la iglesia—, aparte de lo que me explicas en tus cartas, ¿qué hay de ti que no me explicas? —Apretó los labios, dándome a entender que no tenía escapatoria.

Respiré profundamente de forma resignada y, colocándome algunos mechones rebeldes detrás de la oreja, intenté retrasar mi respuesta.

—¿Qué quieres decir?

—No me eludas la pregunta, soy vieja pero no tonta, ¿no hay nadie que ocupe tu corazón?

—Sí, mis hijos y mi galería.

Por su mirada estaba claro que no le convencía mi respuesta, y sentí la necesidad de levantarme del sillón y sentarme en la banqueta a su lado. Ella

respondió a mi gesto poniendo una mano sobre la mía, mientras su mirada dejaba traspasar su lado más bondadoso.

—Querida, llegada una edad, los hijos y el trabajo deben quedar en un segundo plano y hay que empezar a quererse más una misma. Tú ya has hecho todo lo que podías hacer por ellos. Créeme, los años pasan sin misericordia alguna y llega un momento en que te das cuenta de que has ocupado casi todo tu tiempo en los demás, y muy poco en ti —cerró un segundo los ojos—; el problema es que cuando te das cuenta, a veces ya es un poco tarde. Hazme caso, céntrate más en vivir tú y si puede ser... con compañía.

Yo cogí su mano.

—Sé lo que quieres decir, tía, y la verdad es que hace tiempo que me siento defraudada —dije, y bajé la mirada—, es... es como si..., bueno, a veces pienso que he perdido muchos momentos y que mi vida ha perdido mucha chispa. Pero estoy bien. —Le apreté las manos y proseguí—: De verdad, puedes estar tranquila.

Realmente, noté que no se quedó muy tranquila, pero intentó disimular su preocupación desviando totalmente nuestra conversación, y me soltó las manos.

—Por cierto, ese marido americano del que te separaste, y con el que supuestamente tienes una..., cómo lo dices en tus cartas, «¿afectiva relación?», podría haber llamado dándome el pésame, no me digas que en América eso no se estila.

—Olvidas que Martin no es americano, vive en América, pero no es americano —puntalicé.

—¡Ah, sí!, casi había conseguido olvidar que es alemán —dijo moviendo con suspicacia todo el cuerpo.

Era evidente la poca estima que la tía Agatha tenía hacia los alemanes. Ser la mayor de cuatro hermanos, de los cuales dos habían muerto en la Gran Guerra, siempre le provocó cierta animadversión hacia ellos. Lo mismo le ocurría a mi padre, que también había participado en la guerra, aunque nunca hablaba de ella ni de los dos hermanos caídos.

—Judío alemán, tía, ¿olvidas qué están haciendo con los judíos los alemanes?

—Vale, ¡pero alemán al fin y al cabo! —puntualizó.

Intenté cambiar de tema.

—¿No me vas a preguntar por mis hijos?

—¡Oh, la pequeña Helen! —Se dio cuenta de que había puesto cara de embelesada al nombrar a mi hija y rápidamente cambió a una expresión más dura—. Ella me escribe muy a menudo, me tiene más al corriente de sus hermanos que tú. Sé que William es un fotógrafo reconocido y que Richard y ella te ayudan en la galería de arte. —Volvió a una expresión de bondad, que se reflejaba en ella cuando abandonaba su terquedad—. Siempre te estuve muy agradecida de que pusieses a tus hijos los nombres de tus tíos fallecidos en la guerra.

—Siempre los tuve presente.

La doncella nos interrumpió para traer la bandeja con el té, que dejó en la mesita.

—Gracias, nosotras nos serviremos, puede marcharse —le dijo mi tía.

La doncella, una señora mayor a la que no conocía, abandonó la salita con victoriana cortesía.

Mi tía miró la bandeja, pero no dijo nada, tenía otros intereses, naturalmente puestos en mí.

—Y dime, ¿cuánto tiempo durará esa subasta que te ha traído hasta Londres?

—Dos o tres semanas, luego tengo previsto ir a París, hay un inversor que quiere adquirir algunas piezas y quiere mi consejo y luego tengo pensado hacer un pequeño viaje a Venecia con Helen.

—Y ese inversor, ¿es soltero? —me dijo con una enorme picardía.

—¡Oh, tía! —contesté con fastidio—. No empieces otra vez.

—¡Otra vez!, tienes casi cincuenta años, llevas separada más de diez, eres atractiva y educada. ¿Y quieres que no me pregunte en qué diantres estás pensando? ¿Quieres quedarte como yo? ¿Acabar tus días apoyada en un bastón viendo como el mundo se desmorona a tus pies?

Mi tía se había puesto nerviosa y, como recordaba, los nervios le hacían estornudar, lo cual le permitía exhibir uno de sus numerosos pañuelos de encaje.

—Nunca he pensado que el mundo se desmoronase a tus pies y, si te sirve de consuelo, pienso quedarme unos meses en Europa, aunque... —dije pensativa—, veo que quizás la situación política no es la más adecuada para viajar.

—¿Sirves el té? —Me pidió con una complicidad reflejada en sus ojos saltones, que tan bien recordaba—. Quiero comprobar que aún sabes hacerlo como una inglesa.

Me levanté para coger la tetera, pero la doncella irrumpió en la salita anunciando la llegada de un tal John Towson.

—¡Ah, hágale pasar! —dijo mi tía mientras ponía una cara de tal alegría que me desconcertó. Y cuando vi al apuesto anunciado, la miré con una cara de rabia contenida que ella desvió como una colegiala pillada en una travesura.

Tía Agatha se había puesto de pie para recibir al tal señor Towson, aunque yo tuve que ayudarla para que no perdiera el equilibrio.

—John, te presento a mi sobrina Mary. —Él me hizo una cortés reverencia y mi tía prosiguió la presentación—. Ha venido —dudó un momento—, bueno, está aquí, que es lo que importa.

Yo asentí, algo contrariada por la desconcertante presentación, pero me mantuve de pie, aguantando la mirada del visitante, al que también le dejó algo perplejo el comentario.

Los dos tomaron asiento, mientras yo me quedé de pie frente al servicio de té.

—John Towson es el hijo de un antiguo amigo —me explicó mi tía mientras le preguntaba al invitado si quería un té. Él agradeció el ofrecimiento.

—Sí, por supuesto, con leche, por favor.

Mi tía observaba con atención cómo preparaba la taza de té con leche de John. Algo debí hacer mal, porque me agrió la cara sin disimulo alguno y acto seguido miró a John con aire de disculpa.

—Vive en América desde hace veinte años, ¿sabe? —justificó.

—¿He hecho algo mal? —pregunté contrariada.

—Has puesto primero la leche, y se hace al revés, eso pasa por haber adquirido la costumbre americana de tomar el té en bolsitas de papel, ¡menuda aberración!

Estaba claro que había cometido alta traición al pueblo inglés y sus costumbres.

—¿Y qué te trae por aquí, John? —preguntó con coquetería mi tía.

—Bueno, he venido a pasar unos días con mi madre, hacía tiempo que no la veía.

Mi tía se dirigió a mí.

—Isobel, su madre, es mi compañera de *bridge*, martes y jueves a la hora del té, no nos perdemos una buena partida, salvo la de hoy. —Asomó su suspicaz mirada por encima del borde de la taza—. La verdad es que ya quedamos pocas —dijo, levantando los hombros—, la gente últimamente está tomando la costumbre de morirse.

John y yo no pudimos evitar cruzar una sonrisa, que no pasó desapercibida a tía Agatha.

—Mi sobrina ha venido a Londres por unas subastas de arte, es crítica de arte, ¿sabe? Y de paso, ya que estaba aquí, ha asistido al funeral de su padre, mi hermano Thomas.

—¡Vaya!, que descortesía por mi parte —dijo nuestro invitado ruborizado—. Lo olvidaba, las acompaño en el sentimiento a las dos.

Las dos asentimos agradecidas, aunque siguiéramos cruzándonos las miradas, la de mi tía pidiéndome que le hablase más a John y la mía suplicándole que fuese más discreta.

John nos miró un poco incómodo al sentirse el blanco de unos intereses contrapuestos y sobre los que no se le había pedido opinión.

La doncella vino a anunciar una llamada telefónica para mi tía.

—Señora Willbron, conferencia del señor Hollander desde América.

—¡Oh, vaya!, estos americanos ¡no saben que es la hora del té!, nadie en su sano juicio interrumpiría un té.

La tía Agatha salió con gran disgusto hacia el salón para atender la llamada, se ayudó con el bastón y rehusó con un tirón el apoyo de la doncella.

—¡Aún puedo andar, suélteme! —le gruñó a la pobre empleada.

Quedamos en la salita John Towson y yo, en un silencio forzado que terminó con un comentario lógico referente al único nexo que teníamos.

—¡Una mujer de fuerte carácter su tía! —dijo John —, y parece que no le gustan mucho los americanos.

—Bueno —contesté yo resignada—, no le caen bien los americanos, y en especial el que está ahora hablando por teléfono. Es mi exmarido, ¿sabe?

John Towson puso expresión de curiosidad.

—¿Está usted...?, un momento, ¡claro! ¿Es usted la famosa crítica de arte Mary Hollander? —Me miró con la alegría del que acaba de completar un crucigrama.

—Soy Mary Hollander, crítica de arte, lo de famosa ya lo dejo en duda, hay muchos más aparte de mí, y muy buenos. —Mi voz sonaba modesta.

—Sí, pero usted está muy familiarizada con la pintura moderna y especialmente la alemana, ¿no es así?

—¡Qué pasa con los alemanes! —gritó tía Agatha quien, con su figura renqueante y furiosa, acababa de entrar de nuevo en la salita—. Últimamente están intentando invadir no solo Europa, sino también mi casa y mi teléfono.

—Le estaba comentando a su sobrina...

—¿Cómo está Martin, tía? —dije interrumpiendo a John sin darme cuenta, lo cual le dejó algo sorprendido.

Mi tía se acababa de sentar y seguía apoyada sobre su bastón, bastante airada.

—Me ha dicho que lo sentía mucho. ¡Mentira! No necesito recordar lo mucho que odiaba a tu padre... y nos odiaba... ¡un alemán! —Miró a John exigiendo su comprensión—. Y entró en nuestra familia como si tal cosa. Imagínese, un alemán en una familia inglesa y recién acabada la Gran Guerra.

Sentía pena de nuestro invitado, incómodo ante los sucesivos comentarios que siguieron y en los que mi tía enumeró todos y cada uno de los cánones que mi exmarido y su familia habían infringido al entrar a formar parte de la mía, por eso no me sorprendió que deseara excusarse y huir, nunca mejor dicho, de aquella tarde de té.

—Bueno, debo irme —se disculpó John, intentando evitar una conversación que sin duda prometía, pero que no le interesaba—. No se levanten, por favor —nos indicó mientras se levantaba para irse.

—Le acompañaré, señor Towson —dije mientras me levantaba.

Mientras nos dirigíamos a la puerta, él agradeció la compañía.

—Espero volver a verla. ¿Va a estar mucho por aquí? —preguntó interesado.

—No lo sé, la verdad, pensaba quedarme lo justo —dije—. Pero ahora que estoy aquí es posible que, tras la subasta en Londres y de unos viajes al continente que tengo que hacer, decida quedarme algún tiempo. Además, supongo que deberé resolver algunos asuntos familiares debido a la muerte de mi padre.

Se inclinó para saludarme mientras se ponía el sombrero y yo intentaba dominar mi corta melena poniéndola detrás de la oreja.

—En ese caso, espero volver a verla.

Y con una cortés sonrisa le despedí.

Con una mueca de aceptar cualquier comentario sobre los americanos, futuros maridos, incorrecciones con el té y quién sabe qué más cosas, me dirigí de nuevo a la salita, frotándome la nariz con el dedo índice mientras pensaba «¡Dios mío, allá voy!».

EL TÉ EN WILLBRON HOUSE

A la mañana siguiente rehusé cualquier recomendación de mi tía sobre mi vestuario, así que yo y mi elegante traje pantalón de *tweed* nos encaminamos por las escasas seiscientas yardas que separan la casa de tía Agatha de Willbron House.

Al llegar, ya desde la verja que la cercaba se podía contemplar la majestuosidad de aquella construcción. No era una casa excesivamente grande o imponente, pero sus ladrillos y sus ventanales siempre me habían parecido mágicos. En las escaleras de la entrada estaba esperando el servicio con Roston al frente y en el centro, como no, Laura. ¡Dios, cómo odiaba aquella arcaica composición protocolaria!

Me acerqué acelerando el paso y sin ningún protocolo. Laura vino hacia mí tan exagerada en sus formas tal y como la recordaba.

—¡Oh, querida! —me dijo mientras me besaba—. No te vi ayer en el entierro, estaba tan triste y descompuesta...

—Claro claro. —Me esforcé por no salir corriendo de aquella forzada escena y me aguanté, me pudo más el cariño de saludar a rostros conocidos y queridos.

Me acerqué al mayordomo, al que interrumpí su reverencia cogiéndole con cariño de los hombros.

—¡Roston!, ¿cómo está?, veo que sigue igual que siempre. Los años no han pasado por usted.

A él se le caía la baba, mamá siempre decía que yo era su preferida y, a decir verdad, Roston no intentaba disimularlo. Junto con Gladys, me consentía todos mis caprichos y me había encubierto más de una gamberrada, que no fueron pocas.

Haciendo muecas de orgullo emocionado, me contestó.

—Oh, señorita Mary, ¡perdón!, señora Hollander, los años dejan su huella, pero usted me mira con buenos ojos.